

PACO IGNACIO TAIBO II

Cuatro manos



Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Bruno Valasse
Diseño de colección: Bruno Valasse

© 1997, Paco Ignacio Taibo II

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial JOAQUÍN MORTIZ M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2020
ISBN: 978-607-07-6572-8

Primera edición impresa en México: marzo de 2020
ISBN: 978-607-07-6571-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Esta, en su totalidad, es para Daniel Chavarría, porque casi se anima a cuatro manos, y a la espera de la próxima.

Pero la novela de León es para J. F. Vilar y Ernesto Bonasso; la historia de Stoyan Vasilev es para mi amigo Atanás, y las tesis de Elena Jordán son para la Paloma, por su infinita paciencia.

La rosa ciega a los campeones de tiro.

ROQUE DALTON

No hay que perder la cabeza en el escenario.

STAN LAUREL

Nota del autor

Las bases para la historia aquí reunida proceden esencialmente de la ficción. Ninguno de los personajes de los que se habla, a no ser que se trate de personajes históricos, existe. Cualquier parecido con la realidad es culpa de la realidad, que, por cierto, como decía Paco Urondo, cada vez se está poniendo más rara. En resumen, esto es una novela. El autor por lo tanto tiene que aclarar que frecuentemente ha utilizado nombres de personas que, al convertirse en personajes de ficción, hacen en estas páginas cosas poco habituales. El autor se disculpa con todos estos ciudadanos y amigos.

Al mismo tiempo, agradece a un montón de gente su voluntaria o involuntaria colaboración, por ejemplo:

Eliseo Bayo (*Los atentados contra Franco*) que me suministró, a través de las historias de Laureano Cerrada, elementos para la construcción del ficticio Saturnino Longoria. Cerrada fue moderado en su paso a la ficción, porque era excesivamente increíble aun en una novela como esta. Mis respetos al personaje maravilloso y a su biógrafo.

Minchev, quien colaboró a darle forma y coherencia histórica al búlgaro Stoyan Vasilev.

El escritor Paco Ignacio Taibo I, que con su biblioteca de cine me permitió organizar la biografía de Max y precisar las historias de Stan Laurel.

Mi amigo Raúl Cota, que sin saberlo colaboraba con los materiales que permitieron darle forma a los invisibles.

Roger Simon, quien me proporcionó muchas de las frases memorables de Greg Simon.

Olga Restrepo, quien me corrigió los diálogos de los personajes colombianos.

Willie Neuman, que me ayudó con los diálogos de los norteamericanos y que siguió esta novela con fidelidad de amigo, que no de traductor.

Paco, el del Juguete Rabioso, que me ayudó con el habla de los personajes nicaragüenses, y María Isabel Aramburú que dedicó un montón de su tiempo a mejorar el idioma en la biografía de Machadito.

Tito Bardini, que corrigió sus propios parlamentos.

El lamentablemente desaparecido y gran jefe de la novela de aventuras Emilio Salgari, cuyo estilo he tratado de imitar con desigual fortuna.

Luis Befeler, ingeniero en computación, sin cuya colaboración difícilmente me hubiera entrampado en una novela rompecabezas.

Gracias a todos.

Primera parte

Oficios y profesiones

1 Stan en Parral

El 19 de julio de 1923, hacia las cinco y media de la tarde, el hombre avanzó sobre el puente internacional que separaba El Paso (Texas) de Ciudad Juárez (Chihuahua). Estaba haciendo calor. Cuatro carretas que transportaban alambre de púas hacia México habían llenado el aire de tierra suelta. El aduanero mexicano, desde la garita, contempló superficialmente al hombre flaco vestido de gris, con un bombín negro y una astrosa maleta de cuero, que avanzaba hacia él. No le dio ninguna importancia y volvió a sumergirse en el volumen de poemas de Rubén Darío, que leía concienzudamente. Estaba tratando de aprenderse un poema, para recitárselo tendido entre almohadones a una puta francesa que frecuentaba y que gustaba de esas cosas.

El flaco desgarbado, caminando entre nubes de algodón, llegó hasta el escritorio del aduanero mexicano y depositó su maleta sobre el mostrador con suavidad, como no queriendo meterse en la vida de nadie, quizá ni en la propia. El aduanero levantó la cabeza llena de flores de acanto y pájaros de plumas fulgurantes y observó con cuidado al gringo. El rostro resultaba conocido. ¿Alguien que pasaba la frontera con frecuencia? ¿Un vendedor? No, no era eso. Cara extremadamente pálida, orejas separadas, boca que pedía a gritos una sonrisa que no salía, ojos pequeños y azorados. Daban ganas de protegerlo, de invitarlo a recitar poesías a dúo. El gringo flaco ni siquiera contempló al funcionario mexicano que lo revisaba con la mirada. El aduanero pasó a su vertiente profesional y abrió la maleta: ocho botellas de ginebra holandesa prolijamente acomodadas; nada más. Ni siquiera un par de calcetines o unos calzoncillos. El pinche gringo loco este se

iba a matar de un pedo. ¿Por qué no se lo ponía en su tierra el muy culero? Pero no pudo terminar de organizar un enfado nacionalista. El gringo era un colega en mal de amores, decidió. Otro güey al que traía pendejo su vieja. Y sintió crecer en su interior una amplia y desbordante solidaridad. Cerró la maleta y marcó con una tiza blanca la señal de paso libre. El gringo, maleta en mano, entró en México sin haber pronunciado una sola palabra. El aduanero lo vio alejarse por las polvorientas calles de Ciudad Juárez y cuando iba a sumergirse en su libro, recordó por qué le era familiar la cara del flaco orejón y hasta le vino el nombre a la cabeza: Stan Laurel, uno que salía en las películas que pasaban en el cine Trinidad, un comediante. Lo siguió con la vista, perdiéndolo en una esquina.

Stan vagó por la ciudad erráticamente, cesando el vago-bundeo al tropezarse de frente con la estación del ferrocarril.

—¿A dónde? —preguntó el vendedor de boletos.

—*South, anywhere.*

—¿Qué tan al sur lo quiere, amigo?

Stan alzó los hombros.

—¿Parral le gusta, caballero?

Stan alzó nuevamente los hombros.

—Sale a las ocho de la noche y llega a las siete de la mañana, es un mercancías con dos vagones de pasajeros.

Un instante más tarde Stan se dejó caer, con su boleto en la mano, en una banca de metal pintada de verde en las afueras de la estación de Ciudad Juárez y se quedó mirando a los estibadores y a los vendedores de dulces, y de vez en cuando miró hacia dentro de sí mismo.

Sumó algunas verdades muy evidentes: las cosas con Mae no podían seguir así. Se estaban destruyendo. Con calma, como si en esto de destruirse ninguno tuviera la menor prisa. Se hacían heridas y hurgaban en la carne abierta con un palillo, un tenedor, un cuchillo de cocina, según la hora y el humor; había momentos en que ya no lo hacían con furia, simplemente con curiosidad, como averiguando los límites del sufrimiento, los límites del aburrimiento. Mae tenía sus motivos. Pensaba que la estabas tirando por la borda, dejándola a un lado para seguir tu carrera. Veinticinco películas de

un rollo en un solo año. Después de tantos amaneceres huyendo de conserjes de hoteles que reclamaban el pago, estómagos vacíos como los teatros donde actuaban, borracheras tristes. Y ahora cada cual a su suerte. Pero no era eso. John tenía razón. Ella era una actriz de carácter, no una comediente, y no podías seguir empujándola por tu camino, ella tenía que encontrar el suyo, o los dos se iban a hundir, volver de nuevo a giras teatrales en pueblos perdidos del medio oeste.

Stan llora. No sabe si es por el polvo que flota en el aire o por Mae Dahlberg, esa mujer de la que está y no está enamorado, cantante, bailarina, trapecionista de circo, australiana, con la que se casó hace cuatro años en Nueva York.

A las siete y media de la mañana del día 20 de julio de 1923, Stan Laurel cruzó la Plaza Juárez de Parral y entró en el hotel Neptuno. Consiguió por dos pesos una habitación que normalmente costaba 1.20. Entró al cuarto: una cama con cabecera de hierro, un escritorio minúsculo contra la ventana, una alfombra raída en el suelo. Colocó su maleta sobre el escritorio y la abrió.

El sol entraba por la ventana. Tomó las botellas de bols y las dispuso en una fila ordenada. Abrió la primera. Bajo la ventana un hombre se secaba el sudor con un paliacate, una y otra vez. Era un extraño gesto, más bien una señal. Stan llevó la botella a los labios y de un solo trago se bebió la cuarta parte del contenido. Sacudió la cabeza, carraspeó. Un reflejo metálico del sol a unos cien metros lo distrajo. Observó con cuidado. La calle que pasaba frente al hotel terminaba en dos casas apoyadas contra el río. De ahí venía el reflejo. ¿Un fusil? Varios. Había hombres armados en las ventanas de esas casas. ¿Qué estaba pasando?

Un automóvil *dodge brothers* en el que viajaban siete hombres pasó ante la puerta del hotel. La señal del hombre del paliacate rojo fue vista por los nueve emboscados que se encontraban cubiertos tras las puertas y ventanas de las casas números 7 y 9 de la calle Gabino Barreda. Los hombres estaban armados con rifles 30-30, 30-40, *winchesters* automáticos y con pistolas calibre 45. Cuando el auto llegó a unos veinte metros del par de casitas, puertas y ventanas se

abrieron y comenzó a llover plomo. La primera descarga de balas explosivas destrozó el parabrisas y mató instantáneamente a Rosalío, quien había venido viajando colgado en el exterior, con los pies en el estribo, y cayó fuera del automóvil; el coronel Trillo, que iba sentado al lado del chofer, se retorció horriblemente y quedó con el cuerpo apoyado sobre la ventana, las manos apuntando al suelo. Los emboscados seguían disparando sus rifles. El chofer, herido por múltiples balazos, soltó el volante y el automóvil fue a estrellarse contra un árbol a escasos metros de la casa desde la que hacían fuego. Cuando los emboscados agotaron las municiones de los rifles, continuaron con sus pistolas. Desde el asiento trasero del automóvil se les respondió tímidamente. Uno de los hombres que disparaba desde la casa cayó muerto, deslizándose por una de las ventanas. Del coche salieron dos de los pasajeros tratando de huir en medio de una granizada de balas. Ambos iban heridos, uno fallecería una semana más tarde, el otro perdería el brazo.

En menos de un minuto, sobre el *dodge brothers* con placas de Chihuahua habían sido disparados doscientos tiros. De repente, el silencio. Nadie se movió en el interior del carro. Tres de los emboscados se acercaron y descargaron sus automáticas sobre los cuerpos inertes. Los asesinos, sin prisa, a rostro descubierto, sacaron de los patios de las casas sus caballos y montaron. Un hombre se acercó y les entregó trescientos pesos por cabeza.

Abandonaron Parral al trote, tranquilamente. Stan, desde la ventana, los contempló irse con los ojos inmensamente abiertos y enrojecidos. No pudo moverse. Una de sus manos trataba de llegar al cuello de la botella. Un niño corrió hacia el automóvil y contempló a los muertos.

—¡Mataron a Pancho Villa! —gritó.

El grito rompió el embrujo y Stan pudo llevarse a los labios la ginebra. Bebió hasta vaciar la botella. Eran las ocho y dos minutos de la mañana del 20 de julio de 1923.

2 Historias de periodistas

(Habla Greg)

Cuando vi a Julio a lo lejos supe que trataría de engañar al aduanero. Tenía la cara de palo de Buster Keaton, no la mirada de inocencia de Stan Laurel. Julio parecía haber adquirido sus gestos prototípicos de las comedias de Hal Roach. Le había visto esa imperturbable mirada de inocencia distanciada en multitud de fronteras. Estaba más gordo, mi Buster Keaton mexicano. Me quité los lentes y la realidad desapareció. ¿Qué podía traer el Buster del DF en su maleta que motivara la actuación? Podía ser casi cualquier cosa: seis botellas de vino Rioja compradas en el *duty free* del Aeropuerto Benito Juárez, una ristra de cebollas, una edición de los poemas completos de Efraín Huerta, dos kilos de marihuana para regalárselos al portero del cine Odeón, sesenta cajetillas de cigarros cubanos, media docena de frascos de colonia española... Casi cualquier cosa.

Me coloqué de nuevo los lentes y la realidad de la sala de Pan Am en el aeropuerto de Los Ángeles se formó en torno mío. El aduanero, un hombre fornido de origen asiático, le estaba haciendo a Julio las preguntas rituales: ¿Frutas? ¿Alimentos?, a las que el Gordo contestaba seguramente con todo cinismo. Por fin sonrió cuando el *nisei* lo despidió con un gesto.

–Pinche chaparrito loco –me dijo–. *I love you.*

Su inglés seguía siendo tan primitivo como de costumbre. Parecía haberlo adquirido con un método diseñado por Tarzán con la ayuda de Erich von Stronheim.

Mis costillas se reblandecieron ante el brutal abrazo de Julio.

En este país en que la privacidad, el miedo a los gérmenes y la propiedad privada sobre el cuerpo hacen que todo el mundo evite el contacto personal, que la gente se roce lo menos posible, el Gordo gozaba ofreciendo derroches de cariño: palmadas, besos salivosos y abrazos por todos lados; estábamos dando un espectáculo inusitado interrumpiendo el flujo de ejecutivos con portafolio con nuestro abrazo de oso. Nuestro último abrazo había sido tres meses antes, al pie de una ambulancia de la Cruz Roja en Santiago de Chile y yo le sonreía a través de la sangre y dos dientes rotos, mientras él me cubría con su cuerpo de aquella nube de gases lacrimógenos. Es cierto, entonces llorábamos los dos, el Gordo porque es un llorón en toda situación emotiva que se lo permita y lo justifique; yo que soy más parco, porque tenía la laringe llena del sabor dulzón de los gases.

—Estás gordo, Julio —le dije, no en Santiago, sino mucho después, en el aeropuerto de Los Ángeles, en abril.

—Vengo comiendo como loco desde hace dos semanas, y bebiendo cervezas mexicanas como si fuera agua bendita. ¿Qué quieres? Como dijo mi general Zapata, la panza es del que se la trabaja.

—Julio Fernández, mi hermano —dije en español.

—*Your big brother*, como el de Orwell —dijo Julio sonriendo.

—Vámonos de aquí, esto parece un aeropuerto —le dije a Julio.

El Gordo hizo tintinear las botellas que traía en el bolso de mano y como marineros borrachos, porque Julio se había apropiado de mí con un abrazo de pulpo, nos fuimos oscilando por los pasillos.

Podíamos poner nombres y fechas a decenas de aeropuertos; Boyeros, Linate, Benito Juárez, Marco Polo, Schiphol, Ranón, Ezeiza, Barajas, Fiumicino, Sandino, La Guardia. A ellos y a las ciudades. Las manifestaciones tumultuosas pasando ante los rifles en cuyos cañones brotaban los rojos claveles; el pescado asado en la orilla de la playa, las voces roncadas de los que salían de la última discoteca, mezclada la música con el sonido de los obuses de 105 mm; el burdel solitario en el centro de la nada, aunque los mapas dijeran

que aquello era la selva de Honduras; los *jeeps* destartalados, el laboratorio fotográfico instalado en el cuarto de baño del hotel de tercera, las cucarachas paseando entre los negativos; los aviones que crujían cuando encontraban viento de cola. Paisajes de la religión del *scoop*, la exclusiva; los rostros de la verdad y la verdad que los hacía rostros cuando se tecleaba en la máquina de escribir, fabricando inmortales, deteniendo en el tiempo las historias arduamente perseguidas por callejones, antesalas y plazas. Los aeropuertos podían parecerse y ser todos iguales, pero uno sabía que todos eran diferentes.

Una hora después, cuando nos detuvimos en la puerta de mi casa en Studio City, Julio me dijo:

–Me gustan estas casas porque todas son iguales, puedes emborracharte y no importa, siempre llegarás a tu casa. Supongo que no solo tendrás la tele en el mismo lugar, y el mismo libro encima de la mesa, y la misma marca de pasta de dientes, sino que tendrás hasta la misma mujer en la cama.

Le perdoné la simpleza. Julio se vuelve un poco elemental cuando llega a una nueva ciudad. Es su defensiva manera de admitir lo diferente. Y se lo perdoné doble cuando sacó de una de las maletas un jamón serrano absoluta y auténticamente español. Mi cara de adoración debió ser muy evidente, porque dijo:

–El único judío en el mundo que venera con rostro de éxtasis el jamón serrano eres tú.

–Yo también tengo algo para ti, *well, is somewhere over there*.

Cuando le puse enfrente las dos docenas de cintas de *videotape*, Julio estuvo a punto de morir de felicidad. Lo dejé hurgando entre ellas y pude dedicarme a contemplar el jamón serrano. Luego abrí su bolsa de viaje y comenzaron a salir botellas de vino, libros y latas de fabada. El Gordo tocando sus videocasetes como si fuera una novia recién estrenada, yo abrazando mi jamón. Mis vecinos se hubieran sorprendido, son de una generación que no se permite tantas emociones al mismo tiempo.

–Carajo, eres un genio, chaparrito, ¿dónde las conseguiste?

—¿De dónde sacaste estas maravillas? —preguntó Julio mesándose la calva incipiente que terminaba en una aureola de pelo largo que rebasaba la nuca.

—*Blackhawk films*, una distribuidora de los viejos materiales de la Hal Roach. Está en un *little town* de Iowa, Davenport.

El Gordo estaba tan emocionado que cuando conseguí un sacacorchos y la dos únicas copas que me quedaban sanas en la casa, se negó a soltar las cintas. Sesenta y seis películas de lo mejor de Stan Laurel y Oliver Hardy, directamente copiadas de las versiones originales. Media hora después seguía con los videocasetes abrazados al pecho, y no los soltó ni siquiera cuando le mostré el ejemplar de *Rolling Stone* donde había salido nuestra última historia.

3 El acceso al SD es...

...extremadamente complicado. No tiene que ver con ningún prurito de seguridad, Alex no lo permitiría, quitaría el desenfado *snoob*, la gracia intelectual que los muchachos necesitan. Es así porque el transcurso de la vida va produciendo complicaciones, y el SD no pretende por esencia linealizarlas, resolverlas, sino hacerlas más embrolladas. Nada de sutileza, simplemente un juego.

En el 77 unas reparaciones obligaron a clausurar de forma temporal el pasillo central, y el acceso al SD se produjo accidentalmente por la biblioteca, lo cual obligaba a un extraño rodeo. Lorelei descubrió que podía aun ser más complicado si se hacía por el clóset de limpieza, que por azares de la planificación para ahorrar espacio, debidos al arquitecto armenio que hacía noventa años había construido el edificio, tenía doble puerta. Eso implicaba entrar en la tienda de sombreros que daba a Madison Avenue, pasar al baño de mujeres, cruzar por el clóset de doble puerta y subir luego por el montacargas.

En el 79 el doctor Washington B. Douglas añadió una nueva complicación al asunto, usando la escalera de emergencia del segundo piso para ir a dar a la oficina del jefe. Alex, siguiéndole el juego, colocó su escritorio contra la ventana para obligar a los que entraban a trepar sobre la mesa de trabajo del patrón, dar un elegante saltito y luego cruzar su despacho hacia la puerta que daba a la sala de juntas conocida como «el retrete».

En el 80 Sharon, que tenía un doctorado en periodismo en Columbia, pero que en su vida había escrito un reportaje, le regaló a Alex una alfombrilla para poner sobre el es-

critorio, y así los que entraban podían limpiarse los pies antes de bajar de la mesa.

Alex, obviamente juguetero, pero práctico, no usaba el escritorio para trabajar, se limitaba a tenerlo ahí en funciones de estorbo en aquella extraña pista de obstáculos-laberinto por la que se accedía al SD. Para trabajar, Alex utilizaba un ángulo de su oficina, donde había colocado un sillón rodeado por dos pequeñas mesas esquineras, de esas que habitualmente llevan encima una lámpara grande. No tenía muchos papeles. Sin embargo, la habitación estaba saturada de colgajos en todas las paredes. Recados, notas en papel amarillo, memorándums clavados con alfileres. Mario Estrada, en el 82, encontró atrás de la puerta una nota de Alex, con fecha de seis años antes, que recordaba crípticamente al lector que todos los días al levantarse debería evocar la máxima de Malraux de que los héroes solo existen en los libros. La nota tenía subrayado en rojo, en el margen, la palabra «Filipinas».

Pero el SD no solo tiene un acceso complicado y una decorativa retórica en sus paredes, también tiene la virtud de la inexistencia. No hay un archivo, un letrero en la puerta, una secretaria que informe dónde se encuentra uno, un teléfono en el listado de Manhattan, una razón social, un papel membretado...

En cambio conserva celosamente la memoria de los viajes de sus empleados, porque una más de las millares de reglas no escritas que Alex ha establecido, dice que cada vez que uno viaja debe dejar un signo, desde luego no una carta, puesto que el SD no existe y no tiene una dirección a la que llegue el correo, aunque podrían usarse los buzones, pero sí por ejemplo una etiqueta de cerveza australiana, un condón con letras cirílicas, una postal de los Alpes bávaros, un billete de tranvía de Jalapa, un recibo impagado de una guardería infantil en Rangún, una servilleta de restaurante japonés, una foto de instamatic tomada en Chalatenango. Este material se había ido depositando en las paredes junto con los recados y los mensajes, los memorándums y las notas de no me olvides. Al principio se limitaba a la oficina de Alex, más tarde fue cubriendo las paredes del «retrete» y las separaciones de madera de los cubículos.

El SD, entre sus peculiaridades, no tiene horarios. Las personas que ahí trabajan llegan a la hora que quieren y se van cuando les da la gana. Su única conexión formal se establece con las notas que Alex envía en papel verde que indican labores, trabajos específicos, líneas de investigación. Pocas veces se produce un acontecimiento ritual, como es una reunión. Alex suele convocarlas con dos o tres días de adelanto, y ni siquiera está muy claro el carácter obligatorio de estas, aunque es excepcional que alguien falle.

Tampoco es muy claro lo que se gana y cómo. Cuando la reunión adopta las ideas de alguien, sus puntos de vista, el sobre mensual de salario llegará con más billetes que de costumbre. Pero nunca será muy claro cuántos más y por qué. Nadie sabe quién establece los sobresueldos, quizá sea el propio Alex, y para eso tiene una pequeña libreta de notas que saca a mitad de las reuniones y en la que no puede adivinarse lo que anota; quizá simplemente deje a los resultados de las carreras de caballos en Yonkers y a una computadora erráticamente programada, la tarea de fijar los salarios. Tampoco es demasiado claro quién mantiene al SD. Alguna vez alguien sugirió que los sobres venían directamente del Consejo Nacional de Seguridad. Pero si es así arriban de una extraña manera, sobres en blanco con una cifra anotada en lápiz, a los que, tras sacar los billetes, hay que firmar y devolver a Leila (¿secretaria?, ¿amante?, ¿tía?, ¿psiquiatra?, ¿cocinera? de Alex).

En abril de 1989, diecisiete personas trabajaban en el SD, sin mencionar a Alex. Cada una de ellas contaba con un teléfono privado en su cubículo y acceso vía computadora a varias redes de informática y bancos de datos públicos y privados. Cada teléfono es un mundo y responde a la cobertura que su usuario y empleado del SD creó con Alex en días posteriores a su contratación. Todos saben que si la cobertura accidentalmente vuela, estarán automáticamente despedidos. Así, Aram es «Juguetes de madera Lingrave» y Julie es «Aseguradora Pacífico-Departamento de Quejas» y Martin Greenberg es «Servicios consultivos Greenberg». Y cuando no responden personalmente sus teléfonos, sus contestadores automáticos repiten la letanía. Nadie usa ni contesta un telé-

fono ajeno, nadie toca la correspondencia ajena, nadie toma libros o papeles del cubículo ajeno. Nadie invita a cenar a nadie. Nadie está muy seguro si Eve es Eve para siempre o solo durante los minutos en que se encuentra ahí. Alex parece ser Alex.

Es un juego diseñado para espacios cerrados, limitado; un juego que no se prolonga fuera del edificio de oficinas situado encima de una sombrerería, que a su vez se encuentra en la avenida Madison casi esquina con la calle 46, en el centro de Manhattan, en el corazón de Nueva York, donde se dice que está el gusano que ha envenenado la manzana.

Alex piensa que algún día un rejuego burocrático matará al SD, pero que a la propia burocracia en su permanente locura se le olvidará informarle y que ellos seguirán jugando. El psiquiatra de Alex, al que este miente con absoluta regularidad sobre su profesión y vida laboral (incluso ha inventado una familia en crisis con la que comparte su destino y de la que da puntuales informaciones a su encogecerebros), piensa que su paciente, Alex, se encuentra a escasos milímetros de una esquizofrenia paranoide clínica. Si el psiquiatra mantiene la interrogante, Alex no tiene ni la más mínima sombra de duda, está completamente convencido de su absoluta locura. Pero mientras lo dejen, sigue dominando al SD como amo y señor, zar omnipotente, dueño de sus extraños destinos. Y no le molesta ser dios de una oficina a la que se entra pasando por una sombrerería, un baño de damas, un clóset con artículos de limpieza, un montacargas, una escalera de escape contra incendios, una ventana y el escritorio del jefe. Es más, simplemente lo adora. Esta es su idea de la burocracia celestial.

4 La cabeza de Pancho Villa

Arthur Stanley Jefferson (conocido desde 1920 como Stan Laurel, a sugerencia de Mae Dahlberg, que pensaba que Stan Jefferson es un peligroso nombre de trece letras), era un inglés que creía que después del paraíso, y en sus peores borracheras el paraíso ocupaba el segundo lugar, estaba el cine.

Stan era el justo heredero de un padre, hombre «todo oficio», conocido como A. J., quien había actuado, escrito guiones y *sketches*, trabajado como empresario teatral, cómico, director y decorador de teatro a todo lo largo y extenso de Inglaterra, y de una madre, actriz dramática de melodrama lacrimoso llamada Madge. Stan tenía la hemoglobina bailadora, comediante. La sangre, sabía que solo fluye en el escenario, la vida real solo existe si tiene detrás un decorado y bajo los pies las tablas.

Stan lo contaría alguna vez a un periodista interesado en rastrear el pasado que inundaba de magia al personaje:

«Nací comediante. No puedo recordar ningún momento de mi infancia en el que no estuviera actuando. Pa y Ma siempre estaban moviéndose y yo pasaba por escuelas públicas en las que para mitigar la soledad encontraba en los compañeros un buen público para mis actos de payaso. Esto debe ser un talento heredado. Mis héroes eran comediantes, payasos, actores de *music hall*. Fui un pésimo estudiante, pero me divertí. A los dieciséis años debuté como profesional.»

En 1910, junto con Charles Chaplin y la *troupe* Karno realizó un viaje a los Estados Unidos. En 1912 la gira se repitió y al ser Chaplin contratado por Mack Sennet, el grupo se desintegró y Stan ingresó en el difícil negocio del *vaudeville*. Durante diez años recorrió pueblos, puebluchos, ciuda-

des, teatros infectos, hoteles de segunda y tercera, pensiones con media comida. Se casó con la australiana Mae Dahlberg, se convirtió en Stan Laurel. A partir de 1917 ingresó en el cine y en 1923 comenzó a triunfar como comediante con la productora de Hal Roach. Hacia el final de 1926 se reencontró con un actor de comedia con el que había trabajado en 1917, Norvell Hardy, conocido como Oliver, un pauperizado hijo de una familia de aristócratas de Georgia, que luchaba por abrirse camino en el cine y la comedia, a ver si de una vez por todas podía comer bien (Oliver se había fugado una vez de una academia militar porque no lo alimentaban suficiente, y se negó a regresar hasta que su madre no le dio veinte pasteles, que se comió de una sentada).

A cuarenta y cinco minutos de Hollywood fue el título de la película. Oliver aparecía caracterizando a un detective de hotel, la mayoría del tiempo envuelto en una toalla y tratando de salir del baño, perseguido por su mujer. Stan personificaba en una sola escena a un actor sin empleo, «demasiado hambriento para dormir y demasiado agotado para ponerse en pie».

Al culminar la filmación, ambos personajes, que se conocían de andar compartiendo miserias en el mundo itinerante de los actores de comedia y cine (en 1917 habían trabajado juntos en otra película, y previamente Oliver había actuado en una comedia dirigida por Stan), descubrieron un nuevo elemento en común, su placer por sentarse en el *hall* de un hotel, un café con un amplio ventanal, una sala de espera de hospital, a contemplar a las personas, a observar gestos y actitudes. Esa era la mejor escuela de actuación posible.

Durante los últimos meses de 1926 y los primeros de 1927, Oliver y Stan colaboraron en otras siete comedias de Hal Roach, hasta encontrar, en una película de dos rollos dirigida por Yates, el tono que ya no habría de abandonarlos. Se llamaba *Sombreros fuera*.

La película se iniciaba con un letrero sobre la pantalla en negro que decía, acompañado por las notas de la pianola: «La historia de dos muchachos que piensan que el mundo les debe un empleo icon treinta y cinco años de salario de retraso!». Luego narraba la historia de un par de vendedores

ambulantes que ofrecían una máquina lavaplatos subiendo y bajando escaleras sin ninguna fortuna. La historia culminaba en una absurda pelea callejera donde se arrojaban mutuamente el sombrero al suelo involucrando a decenas de mirones y paseantes. Sentados en el piso a mitad de la calle, Stan con su mirada triste y Oliver con un rostro de reproche, intercambiaban sombreros en la escena final. Era el nacimiento de la gloria.

Stan no había vuelto a pisar México en los años que siguieron a la muerte de Pancho Villa. Aunque la imagen del niño corriendo que anunciaba la muerte del caudillo mexicano le pasó muchas veces por la cabeza y frecuentemente asoció con Pancho Villa las borracheras con ginebra holandesa, nunca se animó a volver a tomar la ruta del sur. México se encontraba muy lejos de Hollywood. Sin embargo, en febrero de 1926, un año antes del encuentro de la fórmula que lo haría famoso, Pancho Villa volvió a introducirse extrañamente en su vida.

En la noche del 5 al 6 de febrero de 1926, un grupo de desconocidos entraron al panteón de Parral profanando la tumba del caudillo de la revolución agraria del norte, y cortaron la cabeza del cadáver para robarla. El asunto hizo correr ríos de tinta en la prensa norteamericana, porque en Estados Unidos se seguía alimentando el mito del fiero bandolero que se había atrevido en 1916 a atacar el pueblo de Columbus, en la única invasión extranjera que registraba la historia norteamericana moderna. La prensa de Los Ángeles le dedicó un gran espacio a la noticia y a su seguimiento. Los rumores mexicanos cruzaban rápidamente la frontera y situaban la cabeza perdida, un día en manos de la viuda de un rico ranchero que Villa había asesinado, otro día en un circo que recorría Texas mostrando los despojos; al día siguiente en manos de un grupo de locos rugados de un manicomio de Chihuahua, luego en manos de una solterona de Oklahoma que estaba enamorada del genio militar mexicano y que había encargado la operación a una banda de ladrones profesionales oriundos de San Francisco.

Stan siguió con cuidado las informaciones en *The Herald* durante varias semanas, rascándose la cabeza ante cada nue-

va nota, con ese peculiar gesto que el cine habría de convertir en un monumento a la indefinición y al desconcierto. Cuando realizó su primera película con Oliver en la línea de lo que sería la serie de *El gordo y el flaco*, inició una entrañable relación con su compañero, sin embargo nunca le contó los detalles de su escapada al sur el día en que murió Pancho Villa, y mucho menos sus extraños intereses por la cabeza perdida.

5 Historias de periodistas

(Habla Julio)

—Cuando tenía dieciséis años quería ser jugador de basketbol, pero los demás seguían creciendo —le dije a Greg, y esperé la reacción. El Chaparro me miró por encima de los lentes mientras seguía limpiando el cuerpo de la cámara con un cepillito dotado de una perilla para arrojar aire. Luego me dedicó media sonrisa. Parece ser que mi declaración no ameritaba más.

—Mi madre me vio tan desesperado que a la hora de comer, el día en que abandoné el equipo de la preparatoria, cuando descubrí que por más que me colgaba de los pies en el clóset no pasaría del 1.82, me entregó ceremoniosamente el cuaderno del abuelo —insistí.

Greg continuaba inmerso en la cámara, como si le importara un carajo saber por qué toda mi vida había estado prescrita, antes de vivirla, en el cuaderno del abuelo. Había dispuesto su cámara desarmada sobre la mesa, encima de una franela color granate. No sé qué me gustaba más, si verlo trabajar con esa minuciosidad de artesano medieval, o el color y la textura de la franela. Un día de estos le iba a robar un pedazo para hacerme una bufanda.

—*How much is 1.82?*

—¿En pies?

—Claro.

—¿Qué mierda de pregunta es esa?

Greg se encogió de hombros.

—Casi seis pies, algo así como 5.11.

Dejé pasar quince minutos en silencio y volví a mi historia.

—Al amanecer del día siguiente, cuando terminé de leer el cuaderno, me valía absolutamente madres el basquetbol; me importaba un reverendo huevo que los demás crecieran. Todo lo que sería mi vida estaba ahí escrito por el abuelo en sus historias. Ahí estaban las claves de todo lo que tenía que hacer para los siglos venideros. Solo tenía que ajustarme, que interpretar correctamente, que hacer las debidas traducciones temporales de las historias del abuelo. ¿Fuiste alguna vez cabalista? ¿Alguna vez leíste libros donde estaban historias sumergidas que había que descubrir y relacionar con la vida de uno? ¿Has hecho crucigramas alguna vez?

Greg no se tomó la molestia de responder. Una vez, cuando pasamos cinco días encerrados en la cárcel de Asunción, me dejó hablar seis horas sin contestarme. Una de dos, o le importaba un carajo mi historia, o no la quería estropear interrumpiéndola. Eso si acaso había una historia que contar sobre un muchacho de dieciocho años que quería ser basquetbolista y el cuaderno de su abuelo. Greg, no cabe duda, era un magnífico escuchador. Tan buen escuchador, que me dio la espalda y se dedicó a hurgar en una caja de plástico repleta de subdivisiones, con tornillitos de todos los tamaños.

—Yo no sé cómo amanece en esta mierda de ciudad, pero en la ciudad de México amanecía entonces de verdad, no como ahora que el sol parece yema de huevo frito en medio de la mierda del esmog. Y ahí me tienes con el cuaderno en la mano, en plena experiencia mística, diciendo: «Chingue su madre el basquetbol, ¡viva el periodismo!»

Greg se dio la vuelta y me volvió a mirar por encima de los anteojos. La sonrisa se le había vuelto una mirada pícara, un gesto de burla. Yo me desentendí de él y me dediqué a buscar la botella de vino Rioja que recordaba haber dejado atrás del sillón.

—¿Tienes una buena foto de tu abuelo? *A good one, not a close up.*

¿Cómo lo había adivinado? Hurgué en la cartera y saqué el doblado cartoncillo, copia de una copia: el abuelo de pie, cerca del mar, con traje de tres piezas y sombrero, bigote espeso y mirada soñadora y un poco perdida. Se la pasé.

—No tuvo nunca oportunidad de ser jugador de basketbol. *He's about my size. Realty* chiquito el abuelo...
—dijo Greg contemplándola con atención. Luego me miró de nuevo y preguntó:

—¿Cómo era el cuaderno? Eso es lo único que me falta saber, porque el resto de la historia ya me lo contaste dos veces...

Como había encontrado los restos de la botella de vino, no me molesté en responder. Que se lo imaginara el muy mamón.

6 El primer «grupo...

...pensante» de Alex jugaba en 1965 una complicada quiniela. Había que poner once dólares y anotar un país. Si el país que querías anotar ya había sido mencionado por otro, tenías que especificar qué región de ese país. Era para ganar en solitario. Los regulares del grupo apostaban en su casi totalidad (cuatro de los cinco) por América Latina, con sus variaciones: República Dominicana, Perú, Venezuela y Argentina. Los irregulares, menos envueltos en las marañas de la desinformación y los juegos de los espejos, aventuraban un poco más. Uno de ellos sugería en una tarjeta manchada de café que Ernesto Che Guevara se encontraba en algún lugar del África negra, y ofrecía las opciones de Mozambique, Rodesia (cuando se le obligó a proponer una sola eligió la primera); el otro iba más lejos y sugería Francia, preparando allí, en los Pirineos, la guerrilla que conmoviera a la España franquista. Alex no escogió ninguna de estas opciones.

La información sólida de la que Alex podía disponer y que fue ofrecida a los participantes como primer paso para el juego (solo esta se les dio, la información especulativa podían generarla ellos con mucha mayor solidez que los analistas oficiales de la agencia), cabía toda ella en un *dossier* de siete cuartillas con amplios márgenes y abundante espacio en blanco en la parte superior e inferior de las hojas.

Se reunieron ochenta y ocho dólares, que Alex guardó personalmente en una cajita y años después se gastó en la *lotto* de Nueva York (perdiéndolos, claro), pero aquello no revistió mayor importancia. El SD todavía no existía, pero Alex ya era Alex, aunque tenía solo veintiséis años y acababa de ser reclutado para la muy prosaica tarea de analista

auxiliar en Langley. Su tarea era una revisión de la prensa de partidos de izquierda en el Cono Sur americano: Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay. Los paraguayos eran los que menos trabajo le daban, los argentinos el que más. Parecían pensar que todo aquello que no se escribía quedaba fuera del registro de la historia.

Los ocho miembros del «grupo pensante» llenador de la quiniela, constituían una estructura totalmente informal compuesta por cinco miembros del aparato informativo y tres consultores externos con los que Alex tenía relaciones laborales. Todo era altamente marginal, material de juego.

El que Alex se hubiera gastado el dinero de la quiniela que se hizo respondiendo a la pregunta de dónde estaba el Che Guevara en 1965, no fue trascendente, porque cuando el Che reapareció en Bolivia a principios del 67, ninguno de los quinielistas pudo exigir el pago, porque Bolivia no aparecía escrita en la lista.

Aun así y gracias a los rebotes de la frecuente movilidad laboral en el mundo de la inteligencia profesional norteamericana, uno de los quinielistas que ascendió a una posición de alto mando años más tarde, recordó la historia y rastreó en los bancos de datos la información que Alex les había proporcionado en 1965, la revisó cuidadosamente y luego buscó a Alex y le preguntó cómo había sabido que en abril de 1965 el Che Guevara estaba en el Congo Leopoldville. Alex se encogió de hombros. Sabía ya entonces que nadie parecía admirar la lógica en aquellas oficinas donde escaseaba el ingenio y aquellos interminables pasillos repletos de rumores y susurros, sobre todo desde que la lógica oficial fracasaba con tanta regularidad. Por lo tanto, después de alzar los hombros, se limitó a sonreír, a sabiendas de que lo que se adoraba en Langley, en esos momentos, era la intuición.

7 Historias de periodistas

(Habla Greg)

Yo tenía todo anotado en el mismo cuaderno en que lo venía haciendo desde hace seis años, Julio en cambio se presentaba con el mismo desastre de cheques, notas apuntadas en tarjetas de visita, papeles engrapados sobre artículos publicados y la memoria defectuosa de siempre. No me molestaba en lo más mínimo. Julio debía pensar que sí, que afectaba mis manías de orden, pero Julio parece ignorar que mis manías son absolutamente democráticas, privadas, y que no trato de imponérselas a nadie. De cualquier manera, para cumplir con las apariencias, me quejé de la mierda que estaba poniendo encima de la mesa; usé mi mejor acento madrileño para cargarme en la puta madre que lo parió y amenacé con conseguirme un socio suizo e inteligente.

Julio espera del mundo una mezcla de asombro, relación paternal fallida, conmiseración y deslumbramiento. Yo me limito a ofrecerle una solidaridad dosificada. Para que los equipos funcionen, alguien tiene que ser el pragmático. Un personaje real, no de película, un desencantado, un hombre que no compra ilusiones y al que no le gustan los payasos, los magos, las ferias infantiles.

—Lo que te pasa, es que tú representas en estas reuniones a la sociedad del bienestar —me dijo Julio muy serio buscando un cheque que traía arrugado dentro del pasaporte.

—Y tú entonces representas a los vendedores de baratijas del zoco de Casablanca. Las peores tradiciones del Tercer Mundo, ¿no?

A Julio le molesta que mi español mejore sensiblemente cuando discutimos. Pierde una de sus escasas ventajas. No

cuenta con la proverbial capacidad mimética de un judío de Los Ángeles criado en un orfanatorio para niños católicos, más tarde en un barrio de negros, y por fin en una *high school* que por extrañas razones estaba repleta de coreanos.

–Vendí el reportaje de Beirut a *Interviú* en España, la entrevista con los del Frente Patriótico en *Página 12* de Buenos Aires y *La Jornada* de México, estos todavía no pagan, traigo dos cheques de la agencia de Alemania Federal y uno grande de las fotos de Armenia que pagó *Der Spiegel*. Las fotos también se colocaron en una revista polaca que pagó sesenta dólares, según dice Ana en la carta. Me mandaron los derechos de autor de *Bajando la frontera* en Portugal, nada, centavitos. Y dos mil dólares de regalías de *Herederos* en España, los de editorial B. Vendí a Júcar en España la biografía de Jim Thompson, me pagaron mil dólares y noventa y cinco de la traducción y por ahí debo tener... espera, este cheque de México de *Herederos*, y sesenta mil pesos del artículo de los jóvenes en Disneylandia, que publicó en México la revista *Encuentro*... –dijo muy orgulloso, y siguió dándole vueltas a los papelitos. Antes de un rato sacaría de algún lado otros dos o tres.

–Retiro la mitad de lo dicho, míster Fernández –le contesté.

–¿Lo del zoco?

–No, lo de las peores tradiciones, *brother*, representa usted las mejores tradiciones comerciales. *How did you do it?*

Julio se frotó las manos.

–Moviéndome como enano en el desierto. No está mal para cuatro meses, ¿verdad?

–Yo debo tener más plata que tú, porque cuando conviertas los pesos mexicanos en dólares... Tengo un pago global de la agencia en Canadá, un cheque de seis mil libras de los ingleses por el libro y toda la plata de los tres últimos artículos en *Mother Jones*, *Playboy* y el *Village Voice*.

–Suma, muchacho –dijo Julio descorchando la última botella de Rioja.

–Once mil seiscientos dólares después de la reserva de los impuestos.

—Yo traigo ocho mil doscientos cincuenta y cuatro bolívares, que no sé que mierda es eso —dijo él—. Y te jodiste de nuevo, para que veas que es mejor ser escritor mexicano, allí no pagamos impuestos.

Le hice un cheque por la diferencia a su favor, como solía ser costumbre. El mercado angloparlante pagaba más que el resto del mundo junto, y eso que Julio últimamente se movía como derviche enloquecido. Poco a poco había ido abandonando los extraños prejuicios que tenía cuando nos conocimos y que le hacían pensar que un periodista honesto no acepta un cheque en marcos de una revista amarillista y conservadora alemana o no toma caviar en recepciones en la embajada rusa; o que evadir la corrupción tiene que ver con vivir anémico pero impoluto.

Me tendió muy ceremonioso mis dos mil bolívares.

—¿Cómo andas de deudas? —me preguntó.

—*So, so.*

—Podrías venir a México a vivir unos meses, siempre es más barato allí y te quedabas en la casa —ofreció el Gordo.

Los dos sabíamos que yo diría que no. Si aceptaba, terminaríamos siendo peor que un matrimonio y nuestra excelente relación laboral, que pasaba por su buena media docena de tormentas anuales se iba a ir a la mierda. Demasiadas horas convivíamos juntos ya.

—Mucho pinchi mexicanu en ese countri —le dije negando con la cabeza.

—No, si a mí también me gustan los Estados Unidos, el pedo es la cantidad de gringos pendejos que tienen por todos lados regados —respondió el Gordo.

—Pa'que veas, *brother*, cada cual por su lado.

Julio se lo tomó con filosofía, había cumplido ofreciéndome su casa y su dinero. Los dos lo sabíamos. Encendí uno de mis Delicados con filtro que el Gordo me había traído en enormes cantidades y lo paladeé.

—Ah, carajo, traigo un vale por mil cuatrocientos pesos cubanos para gastar en Cuba, de la serie que nos publicaron en la revista *Enigma*, la de Menguele, y que ahora la hacen libro.

—¿Para cuánto da eso?

–Tres semanas en Varadero. Para dos, semana y media. Hotel y comidas.

–¿Y el avión?

–No, eso hay que pagarlo en divisas. Los cubanos ya se modernizaron, pagan derechos de autor, pero no aviones, compadre.

–¿Cuánto cuesta el avión desde México?

–Como trescientos dólares ida y vuelta. Le dejé a la *ALL* los artículos del Frente, dijeron que lo pueden reunir en un librito de reportajes. Si sale podemos esperar y echarnos unas vacaciones en La Habana a fin de año.

Me quedé pensando lo que diría mi abuela Karen de unas vacaciones en La Habana. Después de todo, sus amigas del club de póker de Gardenia y sus tres hermanos habían votado por Reagan en el 80 y el 84. La verdad es que si había dejado a su nieto en un asilo, bien podía dejarlo viajar a Cuba, la hija de la gran puta. Sería mi viaje número once a la isla, cosa que hacía que los de migración en Florida vieran mi pasaporte como el de la perra Laika, pero por primera vez no iría a trabajar.

–A lo mejor podemos sacar dos o tres buenas entrevistas y algún reportaje de las vacaciones –me animó Julio.

–Me gustaría viajar a La Habana solo para tomar mojitos en El Floridita y sentarme un rato a descansar enfrente de la alberca de la casa de Hemingway en San Francisco de Paula, no más que eso, *brother*.

–Y a oír boleros en la terraza del hotel Saint John, y jugar dominó de nueve fichas con tus amigochos del G2 en la revista *Moncada*.

Julio sirvió vino en ambas copas. Yo me levanté para apagar la televisión que nos acompañaba con un sordo rumor a nuestras espaldas y aproveché para caminar hasta la cocina. El piso estaba frío. Saqué dos latas de salmón ahumado y un paquete de galletas. Que yo recordara, los amigos del G2 de la revista *Moncada*, eran amigos de ambos, y seguro que no eran del G2, más bien eran periodistas que de vez en cuando andaban con uniforme verde olivo. Pero Julio no podía dejar de pasar esa cuenta a un norteamericano, aunque fuera su mejor amigo... Tenía frío en los pies, el mundo era grande,

y el Gordo seguro tenía un montón de locuras dispuestas. Se iba a sorprender, yo también tenía otro buen montón de locuras guardadas en mi cuadernito de ordenadas notas. El mundo era grande, y por ahora no tenía miedo. No más del necesario. En la noche podíamos irnos a tomar unos coñacs al bar de Sidney en La Brea, y luego meternos en el cine; el problema sería convencer a Julio que era mejor la última película de Oliver Stone que la primera de Harry Langdon.

8 El proyecto de tesis que le rechazaron a Elena Jordán

El que pueda contemplar los murales gigantescos de las sierras de San Borja, San Juan, San Francisco y Guadalupe en el desierto de Baja California, sabe que ha vislumbrado un fragmento de otro mundo. Estos hombres pintados en la roca, de colores rojinegros, cruzados y sobrepuestos a renos y ciervos, que cubren las inmensas paredes de piedra en las cuevas sorprendentemente conservadas, no tienen lugar en la historia de México. Figuras pintadas a seis y siete metros del suelo, de hombres de 1.80 a dos metros, con los brazos alzados; estilizados personajes de una danza a la que no hemos sido invitados.

Este mundo del rupestre mexicano, apenas explorado, no pudo ser integrado en los vestigios del mundo prehispánico que informativamente se construyeron en la etapa colonial con la labor de la élite intelectual de las comunidades eclesiásticas (Hambleton-Von Borstel, cuarta semana, Estudios Históricos BCS).

Las tribus con las que se relacionaron fundamentalmente los españoles a su llegada a la península de Baja California, aparentemente no conservaban huellas de estos primitivos pobladores. Ni los guaycuras, ni los cochimí, ni los pericúes, pudieron transmitir a los españoles más que elementos poco coherentes y de carácter legendario sobre los «hombres grandes que pintaban las paredes de roca».

La longitud del proceso colonizador en Baja California, que se prolongó a lo largo de dos siglos (León Portilla, primera semana, Est. Hist. BCS), el aislamiento de los enclaves

coloniales y misioneros, parecen haber sido factores que colaboraron a desintegrar las huellas de esta tribu de cazadores que dejó centenares de muestras de su habilidad pictórica. Esta es la historia oficial manejada hasta nuestros días. Incorporaremos un nuevo elemento: en una zona en la que actualmente se encuentran varias de las cuevas pintadas más importantes de Baja California, deberían hallarse también los restos de la misión de Santa Isabel, conocida por los historiadores como «La misión perdida», cuyos restos han desaparecido, y que por referencias documentales debería encontrarse situada entre las misiones de Calamajué y la de San Borja (Jordán, p. 188).

Rastreando las crónicas jesuitas y los registros virreinales sobre esta misión perdida, localicé en el Archivo General de la Nación, Ramo Virreinal, Sección Inquisición, un manuscrito encuadernado de narraciones indígenas transcritas por el padre jesuita Francisco Osorio, en cuyas últimas páginas se encuentra un documento en el que se hacen referencias no solo a la misión perdida de Santa Isabel, sino también a los antecesores de las tribus indígenas que los españoles conocieron. Aquellas que al decir de Cota (p. 16) «murieron de asombro al oír tañir una campana». El documento consta de siete páginas y existen zonas deterioradas o de transcripción imposible. Se trata de una carta-confesión (lamento lo que esto tiene de similar con la novela de Daniel Chavarría, *La sexta isla*, pero como se verá la realidad se aleja de la ficción y la desborda) escrita en castellano y fechada en los primeros años del siglo XVIII. Los referentes a su participación en la expedición de Diego de Vargas permiten precisar absolutamente las fechas y situar el documento en años ligeramente posteriores al intento de Vargas de llevar al norte las fronteras de Nuevo México, y que al narrador le costó el brazo en 1692.

Dice así en mi pobre transcripción adaptada al castellano que yo me sé (además de que saqué solo B en paleografía):

«Que habiendo venido a estas tierras a buscar la muerte de hastío o soledad en el desierto, hombre sin dios por haberlo perdido en la campaña militar del gobernador Vargas, donde así mismo perdí el brazo en combate con los indios,

y habiendo visto ya todo lo que podían ver mis ojos, solo me queda contar la historia de cómo torné en otro y por qué y dejarla a la arena del desierto, por si otro igual de afortunado tuviere la intención de seguir mi ejemplo.

»Habiendo llegado vagando a la misión de San Francisco, el padre misionero de nombre Benito tras haber compartido su frugal comida, me informó de las huellas de las enormes pinturas que los indios habían hecho mucho tiempo ha sobre las rocas de las cercanías de la misión y a ellas mismas se ofreció a guiarme en compañía de los naturales y al día siguiente. Estos naturales decíanse no venir de herencia de los maravillosos indios pintores y vivían en paz en la misión, siendo desde tiempos antiguos hombres de tribus de diferente razón y dios, que la de los indios pintores, y ahora en el seno de la iglesia por mano de los jesuitas.

»Visité en días posteriores las cuevas, quedando anonadado ante la grandeza y el misterio de aquellos maravillosos muros, y apelando a la razón y no a las simples explicaciones de fe que el misionero dio para negar lo que ante los ojos se exponía: magníficos animales de cuerno y asta, hombres y mujeres danzando a veces sobrepuestos a las figuras de animales como si quisieran hacerse uno mismo con ellas o la contraria, las bestias quisieran, ignorantes de lo que les significaría de perjuicio, volverse hombres y mujeres.

»Durante horas vagué por esos lares consumiéndome en mi asombro y vislumbrando una grandeza que estaba más allá de las percepciones de la vida de soldado en la que había permanecido a la salida de mi infancia. Fray Benito me habría de contar al calor del fogón, que las leyendas decían que los indios que habían pintado las cuevas, o sus directos sucesores, seguían viviendo en aquellas tierras, pero que se habían hecho invisibles a los restantes mortales.

»Un día más tarde, antes de que el sol anunciara, tomé en solitario camino del desierto, creyendo a fe ciega en la leyenda, porque nada me quedaba por creer de más grato.

»A pocos pasos de la cueva, arrojé mis escasas pertenencias al suelo y desnudé como hijo recién salido de madre. Quedaron al sol mis desnudeces y mis cicatrices, mi brazo mutilado y mi barba entrecana. Si ellos querían ser invisibles

a los ojos de todos, solo mi visibilidad absoluta y desnuda, sin los escondrijos y las farsas del ropaje, podría pedirles el encuentro. Yo que así nada podía esconder, ni más íntimo espacio, ni mi alma azorada, me dispuse a esperarlos.

»Pasaron dos días y una noche en la soledad del desierto. El cuerpo iba cediendo al cansancio, al dolor, al sueño y la locura cuyos humos subían por mis extremidades y descendían de mi cabeza a causa del intenso calor. No desfallecí porque la muerte no me importaba y cuando uno le dice a sus magullados restos que la vida puede irse, que se le ha otorgado el permiso, esta se aferra por contrasentido.

»Al anochecer del segundo día surgieron de las piedras y los arbustos los invisibles hombres, los indios sin dios, y me acogieron.»

Solo cuento con esta breve noticia cuya redacción y puntuación he alterado lo menos posible, limitándome a llenar dos breves lagunas de seis y tres palabras. Y a esta información sorprendente, pueden sumarse algunas de las legendarias historias transmitidas por indígenas aculturados en las misiones jesuitas que dicen que «los invisibles», «los hombres grandes», vivían en la locura como si esta fuera razón de cuerdos, y practicaban la libertad del sexo en las fiestas para luego retornar a la normalidad y no tenían caudillos, ni hacían guerras; ni tenían dioses ni hogares permanentes (Cabrera, 147, 190 a 198, 212).

Foucault diría: «La locura afirmada al fin en sus derechos». La historia precisa de un capítulo lateral. El conocimiento moderno de las cuevas rupestres bajacalifornianas, o más bien su divulgación, se debe entre otros al novelista policiaco norteamericano Erle Stanley Gardner, autor de los engendros literarios protagonizados por Perry Mason, quien frecuentaba como turista la región.

Bien, nos encontramos ante un *sui generis* punto de partida, el cual se entronca con una experiencia de campo vivida por la autora de este proyecto de tesis.

A raíz de la remodelación de las obras del Circuito Interior, en la zona de acceso al bosque de Chapultepec y la entrada de la Calzada de Tacubaya, el viejo parque donde se patinaba y se andaba en bicicleta se vio fragmentado en

varios pedazos de jardines diminutos rodeados de puentes panorámicos, vías rápidas, tréboles de circulación y pasos a desnivel. Estos pequeños jardines abandonados en lo cotidiano por su incómodo acceso, se vuelven, durante los sábados y los domingos en la mañana, puntos de encuentro de grupos étnicos de la provincia mexicana.

Con una sorprendente precisión se reúnen, como una respuesta a la enormidad de la ciudad, sirvientas de Amealco en un triángulo de quince metros cuadrados de pasto, decenas de albañiles de Huajuapán de León en otro, veinticinco panaderos zacatecanos en el de más allá, media docena de vendedores ambulantes originarios de Santiago, Nayarit, en el último y así. La ciudad los arroja a lo largo de la semana a zonas alejadas entre sí por docenas de kilómetros y su condición económica les impide la intercomunicación. La vida los separa durante cinco o seis días y a veces dos o tres semanas, pero la existencia del reducto fijo, el punto de reencuentro, les permite hallarse siempre en este espacio extensión del original natal. Ahí se reorganiza la vida en torno a la afinidad y la nostalgia, y la amistad se convierte en baluarte en la diferencia contra el medio ambiente. Zonas urbanas rescatadas y transmutadas en espacios reconquistados. Fragmentos de un pueblo de Chiapas, una pequeña comunidad agraria poblana, un imaginario lago michoacano, en mitad de una ciudad de veinte millones de habitantes.

Lo esencial de estas presencias incrustadas en la ciudad, es su invisibilidad. En una encuesta realizada por la autora entre trescientos setenta y dos automovilistas que circulaban habitualmente por la zona (abril 12-mayo 18), se ha podido precisar la existencia de un extraño fenómeno. Estos grupos «tribales urbanos» son invisibles para ellos. No son percibidos, no existen.

Según han podido captar en estos esbozos que llevan a una proposición de tesis, este sería un trabajo sobre el mimetismo, pero sobre todo se trataría de un trabajo sobre la invisibilidad de «los otros» en el sentido sartreano del término (Sartre, *Obras II*, p. 118).

La hipótesis de trabajo es la siguiente: identificar el espacio geográfico que ocupa el más invisible de los invisibles

grupos. Tratar de averiguar si se han producido fenómenos migratorios de indígenas bajacalifornianos de la zona de la sierra hacia el Distrito Federal y en qué oficio se han ubicado esencialmente los emigrantes. Tratar de identificar los viejos con los nuevos invisibles. Buscar las razones finales de su invisibilidad.

Espero que un proyecto tan poco ortodoxo como este al menos goce del beneficio de una evaluación imparcial y un estudio desapasionado y se permita a la autora proceder a la investigación limitándose los (prejuicios a la valoración posterior de los resultados. Bibliografía básica en anexo.

ELENA JORDÁN
México, DF, abril, 1988.